ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PLANO ASTRAL

(CONTINUACIÓN)

7.º *El suicida y la víctima de muerte repentina.* — Se comprenderá fácilmente que un hombre arrancado de repente de la vida física, cuando se halla lleno de vigor y de salud, ya sea por accidente ó por suicidio, ha de encontrarse en el Plano Astral en condiciones muy diferentes de los que mueren de viejos ó de enfermedad. En este último caso el poder de los deseos terrestres sobre el individuo se debilita más ó menos, y probablemente la parte más grosera de aquéllos desaparece en el curso de la enfermedad; de modo que el Kâmarûpa se formará en la subdivisión quinta ó sexta del Kâmalôka, ó quizás más arriba; los principios se preparan gradualmente para la separación, y el choque, por tanto, no es tan rudo. En la muerte por accidente ó suicidio, no há lugar á preparación; por lo que la separación de los principios de su envoltura física se ha comparado con exactitud al acto de arrancar el hueso de una fruta verde; una gran parte de la materia astral más grosera está aún adherida al Kâmarûpa, y por consiguiente, éste se forma en la división séptima ó ínfima del Kâmalôka. Ya se ha descrito esta división como un lugar nada agradable; pero sin embargo, no es en modo alguno igual para todos los que tienen que habitar en ella. Las víctimas de muerte repentina, cuyas vidas terrestres han sido nobles, y puras, no tienen afinidad con este sitio, y el tiempo que permanecen en él, lo pasan, según indica una antigua carta sobre este asunto, «bien en igno-

rancia feliz y en completo olvido, bien en tranquilo adormecimiento de que fluyen ensueños dulcísimos.» Mas si por el contrario, sus vidas terrestres han sido bajas y brutales, sensuales y egoístas, se encontrarán, lo mismo que los suicidas, con su conciencia completa en esta región nada apetecible, expuestos á convertirse en entidades de horrible maldad. Enardecidos por toda clase de abominables apetitos, que no pueden satisfacer directamente, por estar privados del cuerpo físico, dan curso á sus repugnantes pasiones por conducto de un medium ó de cualquier persona sensitiva á quien puedan obsesar; y sienten placer satánico al emplear las artes de engañar de que disponen en el Plano Astral, para conducir á otros á los excesos que tan fatales han sido para ellos. La carta aludida dice también: «Estos son los Pisâchas, los *incubos* y *sucubos* de los escritores de la Edad Media, demonios sedientos y glotones; lujuriosos y avaros; astutos, perversos y crueles, que inducen á sus víctimas á crímenes horribles, y que gozan en su ejecución.» A esta última clase pertenecen los demonios tentadores de la literatura eclesiástica; mas sus estímulos son del todo impotentes con la pureza mental y la nobleza de propósitos; nada pueden sino con el hombre que haya alimentado los vicios á que procuran arrastrarlo.

El que tenga desarrollada la percepción psíquica, verá á menudo multitudes de estos seres desgraciados vagando en derredor de las carnicerías, tabernas y demás sitios de la misma estofa; pues allí encuentran las influencias groseras que son de su gusto, y allí tropiezan también con hombres y mujeres vivos, que tienen sus mismas propensiones. Es una calamidad terrible para una entidad semejante, dar con un medium que tenga afinidad con él; no sólo le hace posible prolongar enormemente su estancia en el Kâmalôka, sino que renueva, quizás por tiempo indefinido, su aptitud de crear mal Karma, preparándose así una de las más degradadas encarnaciones, y corriendo, además, el riesgo de perder gran parte, sino el todo, de su Manas inferior. En este nivel ínfimo del Plano Astral, tiene que permanecer, cuando menos, hasta que transcurra el tiempo que hubiera podido durar su vida terrestre, si no hubiera sido prematuramente cortada; mas si tiene la suerte de *no* encontrar un sensitivo, por medio del cual regalar sus apetitos no satisfechos, sus deseos se consumirán por sí mismos, y el sufrimiento que esto le ocasiona será parte á extinguir el mal Karma de su vida pasada.

La situación del suicida se halla además complicada, porque su acto temerario ha disminuído enormemente el poder del Ego superior, para

retrotraer su parte inferior, y por tanto, se ha expuesto á otros muchos y grandes peligros; pero hay que tener presente que la culpabilidad del suicidio varía considerablemente, según sus circunstancias, recorriendo la gradación que media entre el acto moralmente intachable de Séneca ó de Sócrates, y el odioso crimen del miserable que se quita la vida para eludir las consecuencias de sus villanías; por esta razón varía también el estado después de la muerte.

Hay que notar que esta clase, así como las sombras y las sombras vitalizadas, son lo que pudiera llamarse vampiros menores; porque siempre que encuentran ocasión prolongan su existencia, robando vitalidad á los seres humanos que caen bajo su influencia. Por esto los mediums y los asistentes á las sesiones espiritistas, suelen encontrarse á menudo débiles y exhaustos después de tales prácticas. El que estudia Ocultismo recibe lecciones para resguardarse de sus ataques, sin lo cual es difícil á todo el que se pone en el camino de aquéllos, dejar de serles tributario en mayor ó menor escala.

8.° *El Vampiro y el Hombre Lobo.*—Réstanos todavía el dar noticia de dos clases de entidades aún más horribles, aunque afortunadamente muy raras, para completar esta parte de nuestro trabajo, las cuales, si bien difieren en muchos sentidos, pueden, sin embargo, ser clasificadas juntamente por tener ambas propiedades que infunden terror extramundano, y por ser también extremada su rareza, debido esto último á que de hecho son reliquias de razas primitivas. Nosotros, individuos de la quinta raza raíz, debemos estar ya desarrollados lo bastante para haber dejado atrás el punto en que es posible granjearse destinos tan horribles como los indicados en el epígrafe, y en realidad hemos llegado á un término en que tales seres son considerados generalmente como una mera ficción de los tiempos medios; sin embargo, todavía se *encuentran* de vez en cuando algunos ejemplares, especialmente en países en donde existe aún considerable porción de sangre de la cuarta raza, tales como Rusia y Hungría. Las leyendas populares que á ellos se refieren son quizás muy exageradas, por punto general; pero hay, sin embargo, un fondo terrible de verdad en los cuentos fabulosos que corren de boca en boca entre los campesinos del centro de Europa. Los rasgos característicos de tales cuentos son demasiado conocidos, para que nos consideremos dispensados de hacer más que una ligera mención.

Ejemplo bastante típico de cuentos de vampiros, aunque presentado como pura ficción, es *Carmilla* de Sheridan le Fanu; también puede verse

en *Isis Unveiled,* vol. I, pág. 454, una relación muy notable de una forma nada común de seres de esta clase.

Los lectores habituales de los escritos teosóficos saben cómo es posible que un hombre llegue á tal punto de degradación y de egoísmo, á estado tan completo de perversión y bestialidad, que su Manas inferior quede aprisionado por completo en el Kama, separándose al fin de su espiritual origen, el Ego superior.

Recientes escritos han tratado de difundir la creencia de que este hecho es muy común, y de que tropezamos todos los días por esas calles con docenas de «hombres sin alma», según se les llama; pero esto, afortunadamente, no es verdad. Para llegar á tan espantosa calificación en el mal como implican la pérdida completa de una personalidad, y el decaimiento de la individualidad que tras ella se encuentra en vías de desarrollo, precisa que el hombre haya ahogado hasta el último destello de desinterés y espiritualidad, despojándose en absoluto de toda condición que pueda redimirle; si consideramos con cuanta frecuencia, aun entre los mayores criminales, se encuentra algo que no es enteramente malo, comprenderemos hasta qué punto las personalidades irremisiblemente perdidas deben estar en minoría muy exigua. Sin embargo, aunque comparativamente pocas, existen efectivamente; y de entre ellas salen los vampiros, aun más raros. La entidad así perdida se encontrará muy pronto, después de la muerte, imposibilitada de permanecer en Kâmalôka, arrastrada irresistiblemente y en estado de completa conciencia hacia «su lugar propio», la misteriosa octava esfera, donde ha de desintegrarse lentamente después de pasar por experiencias de que mejor es no hablar. Mas si ha perecido por suicidio ó muerte repentina, podrá, en ciertas circunstancias, especialmente si sabe algo de magia negra, retardar este espantoso destino por una muerte en vida, escasamente menos horrible: la horrenda vida del vampiro. Puesto que no debe entrar en la octava esfera hasta después de la muerte de su cuerpo, procura conservar á éste en una especie de letargo cataléptico, merced al horrible expediente de transferirle sangre de seres humanos, extraída por su Kâmarûpa semimaterializado, aplazando así su destino final por medio del asesinato en grande escala. Según también justamente supone la «superstición» popular, el remedio más fácil y eficaz en tales casos, es exhumar el cadáver y quemarlo, privando así al vampiro de su punto de apoyo. Cuando se abren sepulturas de esta clase de entidades, se encuentra por lo general el cuerpo con aspecto de perfecta frescura

y de salud, y no es raro hallar el ataúd lleno de sangre. Por de contado, en los países donde es costumbre la cremación, es imposible esta clase de vampirismo.

El hombre lobo, aunque igualmente horrible, es el producto de un Karma algo distinto, y verdaderamente debió haber sido clasificado en la primera división de los habitantes humanos en el Kâmalôka, en vez de la segunda, puesto que, bajo esta forma, siempre se manifiesta por primera vez durante la vida de un hombre. Implica invariablemente algún conocimiento de las artes ocultas, el suficiente al menos para proyectar el cuerpo astral. Cuando un hombre que es del todo cruel y bestial verifica esta proyección, hay ciertas circunstancias bajo las que otras entidades astrales pueden apoderarse de dicho cuerpo y materializarlo, no en forma humana, sino en la de algún animal salvaje: por regla general, el lobo; y en tal estado recorre la comarca matando á otros animales y hasta seres humanos, satisfaciendo de este modo, no sólo su propia sed de sangre, sino la de los demonios que lo empujan. En este caso, como sucede con frecuencia al cuerpo astral ordinario, cualquier herida que se inflija á esta materialización animal, se reproduce en el cuerpo físico humano por el fenómeno extraordinario de la repercusión, aunque después de la muerte de este cuerpo físico, el Kâmarûpa, que probablemente continuará apareciéndose en la misma forma, será menos vulnerable. Entonces ya no será tan peligroso, pues á menos de encontrar un medium á propósito, no puede materializarse por completo.

Ha sido moda en este siglo burlarse de las llamadas necias supersticiones de los campesinos ignorantes; pero así en los casos citados como en muchos otros, encuentra el estudiante de Ocultismo, investigando con cuidado, que tras de lo que á primera vista parece pura necedad, se encuentran verdades obscuras ú olvidadas, y aprende á ser prudente, tanto para negar como para afirmar. Los que trabajan para adquirir facultades con que hacer la exploración del Plano Astral, no deben temer encontrarse con estos seres abominables; pues como se ha dicho antes, actualmente son muy raros, y á medida que transcurre el tiempo, su número disminuye afortunadamente. En todo caso, sus manifestaciones están, por lo general, limitadas á las proximidades de sus cuerpos físicos, como puede suponerse, dada su naturaleza extremadamente material.

9.° *El Mago negro ó su discípulo.* — Esta entidad corresponde, en el extremo opuesto de la escala, á la segunda clase de las personas desencar-

nadas: el chela que espera reencarnarse; pero en la clase presente, en vez de obtener permiso para adoptar un sistema anormal de progreso, estos individuos resisten el proceso natural de la evolución, manteniéndose en Kâmalôka por medio de artes mágicas, algunas veces de la más horrible especie. Sería fácil hacer varias subdivisiones de esta clase conforme sean sus fines, sus procedimientos y la duración probable de sus existencias en aquel plano; pero como de ningún modo resulta materia interesante para el estudio, y todo lo que acerca de ellas debe saber el que se dedica al Ocultismo, es la manera de evitarlas, consideramos más útil pasar al examen de otra parte de nuestro asunto. Debemos, sin embargo, manifestar, que todas esas entidades humanas que prolongan su vida en el Plano Astral más de su límite natural, lo verifican invariablemente á expensas de la vida de otros individuos, la cual absorben de alguna manera.

II ENTIDADES NO HUMANAS

No obstante que, aun la más indiferente ojeada sobre el Universo ha de llevarnos al convencimiento de que muchos de los fenómenos naturales que nos afectan de más cerca no están destinados exclusivamente para nuestra comodidad, ni siquiera para nuestro provecho, era inevitable, sin embargo, que la Humanidad, por lo menos en su infancia, se imaginase que este mundo y todo lo que contiene, existían solamente para su propio uso y beneficio. Sin duda alguna, á la altura en que nos hallamos, hemos debido desechar ya esta ilusión infantil, y haber comprendido nuestra situación y los deberes inherentes á ella. Que la mayoría de nosotros no lo entiende así, se demuestra de muchas maneras en nuestra vida diaria, principalmente por la terrible crueldad que con los animales se despliega con nombre de recreo, por hombres que se consideran grandemente civilizados. El último principiante de la sagrada ciencia del Ocultismo, sabe que toda vida es inviolable, y que fuera de la compasión universal, no existe verdadero progreso; pero sólo á medida que avanza en sus estudios, llega á conocer lo múltiple de la evolución y lo relativamente pequeña que es la parte ocupada por la Humanidad en la economía de la Naturaleza. Ve claro que así como la tierra, el aire y el agua sostienen miriadas de formas de vida, que aunque invisibles á la mirada ordinaria, se nos revelan por el microscopio, así también los planos superiores relacionados con la tierra, están habitados por una población igualmente densa, cuya existencia igno-

ramos en absoluto. Á medida que aumenta su conocimiento, adquiere mayor convicción de que de un modo ú otro se aprovechan en toda su extensión cuantas posibilidades ofrece la evolución; y que cuando nos parece que la Naturaleza no utiliza ó descuida alguna fuerza ó alguna oportunidad, no es la culpa del orden del Universo, sino de nuestra ignorancia respecto á sus procedimientos y fines.

Al objeto de nuestro presente estudio de los habitantes no humanos del Plano Astral, será mejor no detenernos á considerar esas formas primordiales de la vida universal, que están evolucionando dentro del proceso de las sucesivas envolturas de átomos, moléculas y células, del cual sólo podríamos adquirir una incompleta idea; pues si comenzásemos por la escala inferior de los comúnmente llamados reinos elementales, tendríamos que reunir, bajo esta denominación general, un número enorme de habitantes del Plano Astral, sobre los cuales sólo sería posible hablar muy de pasada; pues una relación detallada de ellos daría á este tratado las dimensiones de una enciclopedia. El sistema más conveniente, será, quizás, dividirlos en cuatro clases, debiendo entenderse que, en tal caso, no es esta clase como las anteriores, una subdivisión relativamente pequeña, sino un gran reino de la Naturaleza, tan grande y variado, por lo menos, como los reinos vegetal ó animal. Algunos de éstos se encuentran en una categoría muy inferior á la Humanidad; otros son nuestros iguales, y otros se elevan muy por encima de nosotros en bondad y poder.

Algunos pertenecen á nuestra serie evolutiva, es decir, que han sido ó serán hombres como nosotros; otros evolucionan en una dirección que les es propia. Antes de proceder á tratar de ellos, y para responder de antemano al cargo que pudiera hacérsenos de que el asunto es incompleto, es necesario hacer constar que en esta parte guardamos reserva sobre dos puntos: Primero; no se hará mención de la presencia ocasional de Adeptos muy elevados de otros planetas del sistema solar, ni de Visitadores aún más augustos venidos de distancias más considerables, pues tales asuntos no son propios para descritos en una obra que ha de publicarse para todo el mundo; y por otra parte, no se comprenderá que semejantes seres gloriosos tengan jamás necesidad de manifestarse en un plano tan bajo como el astral. Si por alguna razón quisiesen hacerlo, el cuerpo apropiado al plano sería creado temporalmente de materia perteneciente á este planeta, como lo hacen los Nirmânakâyas. Segundo; completamente fuera de las cuatro clases en que vamos á dividir esta sección, y sin rela-

ción alguna con ellas, existen dos grandes evoluciones que actualmente comparten el uso de este planeta con la Humanidad, pero sobre las cuales está prohibido dar detalle alguno por el presente, pues no se quiere que en circunstancias ordinarias puedan conocer la existencia del hombre, ni el hombre la de ellos. Si alguna vez llegamos á ponernos en contacto con ellos, será, según toda probabilidad, en el plano puramente físico; pero de todos modos su relación con nuestro Plano Astral casi no existe, dado que la única posibilidad de su aparición en él depende de un accidente sumamente improbable en actos de ceremonia mágica, que afortunadamente sólo muy pocos, entre los hechiceros más avanzados, saben ejecutar. Sin embargo, este accidente improbable ha sucedido cuando menos una vez, y puede volver á suceder; de modo que á no ser por la prohibición mencionada hubiera sido necesario incluirlos en la lista.

1.° *La Esencia Elemental perteneciente á nuestra propia evolución.* —Así como el nombre «elementario» ha sido aplicado indistintamente por varios autores á algunos ó á todos los estados *post mortem* del hombre, así también esta palabra «elemental» ha sido empleada diferentes veces para denotar á algunos ó á todos los espíritus no humanos, desde el Deva ó semidios más elevado, hasta los espíritus de todas las clases de la Naturaleza, y á la esencia informe que compenetra los reinos que yacen tras del mineral; y después de leer varios libros, el estudiante se encuentra completamente confundido por las afirmaciones contradictorias que se hacen sobre la materia. Para nuestro propósito, será más sencillo aplicar dicho nombre á la última clase mencionada solamente, y así designará los tres grandes reinos que preceden al mineral en el orden de la evolución. Pudiera recordarse que en una de las primeras cartas de un maestro Adepto, se mencionan estos reinos elementales, y se declara que el primero y el segundo no pueden ser comprendidos sino por un iniciado. Afortunadamente, esta parte, la más incomprensible de este vasto asunto, no entra en los límites de este tratado, pues estos reinos elementales primero y segundo, existen y funcionan respectivamente en los niveles Arûpa y Rûpa del Plano Devachánico. Por tanto, sólo tenemos que ocuparnos por ahora del reino núm. 3, el que se halla precisamente antes del mineral, y aún se le encontrará sobradamente complicado, pues contiene más de dos mil cuatrocientas variedades de esencia elemental perfectamente distintas, debiendo el discípulo que desea alcanzar el dominio completo de las fuerzas astrales, aprender, no sólo á distinguirlas todas instantáneamente y al primer golpe de vista, sino tam-

bién á manejarlas con el método propio y especial que á cada cual corresponde, y no con otro alguno. Por supuesto, pueden producirse, y se producen constantemente, fenómenos de varias clases por aquellos que sólo pueden manejar una ó dos de estas fuerzas; pero el Adepto prefiere tomarse el trabajo de comprenderlas todas por completo, usando en cada caso la fuerza ó combinación de fuerzas más apropiada, para lograr su objeto con exactitud científica y con el menor gasto posible de energía.

El hablar como lo hacemos á menudo, de *un* elemental relacionándole con el grupo que estamos considerando, es algún tanto erróneo; pues estrictamente hablando, no hay semejante cosa. Lo que hay es un vasto depósito de esencia elemental, maravillosamente sensible al pensamiento humano más pasajero, y que responde con delicadeza inconcebible en una fracción infinitesimal de segundo, á cualquier vibración producida en ella por el ejercicio de la voluntad ó del deseo humano, aunque sean inconscientes. Pero desde el momento en que por la influencia de ese pensamiento se modela una fuerza viva, algo que puede ser correctamente definido como *un* elemental, deja de pertenecer á la categoría de que estamos tratando, y se convierte en una entidad de las artificiales. Aun entonces, su existencia separada es transitoria; y tan pronto como el impulso que la creó se haya extinguido, vuelve á la masa no diferenciada de la subdivisión especial de esencia elemental de que provino. Sería enojoso el catálogo de estas subdivisiones; y aunque se hiciera una lista de ellas resultaría ininteligible, excepto para el estudiante práctico, que las puede hacer aparecer ante sí y compararlas. Sin embargo, puede obtenerse sin gran trabajo alguna idea de las clases principales que son de interés. Primeramente viene la vasta división que ha dado á los elementales su nombre, la clasificación con arreglo á la especie de materia que habitan. Como en todo, se ve aquí el carácter septenario de nuestra evolución, pues hay siete grupos principales, de los cuales los cuatro inferiores moran en la «tierra, el agua, el aire y el fuego»: ó cambiando el simbolismo de la Edad Media por la exactitud de expresión moderna, en los estados sólido, líquido, gaseoso y etéreo de la materia física. Desde hace mucho tiempo es costumbre compadecer y despreciar la ignorancia de los alquimistas de la Edad Media, porque dan el nombre de «elementos» ó cuerpos simples á substancias que la química moderna ha descubierto que son compuestos; pero al hablar de ellos con tanta ligereza, hemos cometido una gran injusticia, pues su conocimiento en este punto era realmente mayor que el nuestro. Pueden

haber catalogado ó no todas las sesenta ó setenta substancias que ahora se llaman cuerpos simples; pero seguramente no les dieron el nombre de elementos, pues sus estudios ocultos les había enseñado que, en el verdadero sentido de la palabra, no hay más que un elemento, el Âkâsa mismo, del cual son modificaciones todas las formas de materia, verdad que empiezan á columbrar ahora algunos de los químicos más afamados de las presentes edades.

El hecho es que en este caso especial, el despreciado análisis de nuestros antepasados era bastante más profundo que el nuestro. Comprendían y observaban el éter, el cual nosotros sólo podemos presuponer como una necesidad para la explicación de nuestras teorías; sabían que se compone de materia física en un cuarto estado completamente distinto del gaseoso, hecho que nosotros no hemos descubierto aún. Sabían que todos los objetos físicos constan de materia en uno ú otro de estos cuatro estados, y que en la composición de todos los cuerpos orgánicos entran los cuatro en grado mayor o menor; de aquí todo lo que dicen sobre humores acuosos é igneos ó «elementos», que tan grotesco nos parece. Está claro que usaban esta última palabra simplemente como sinónimo de «partes constituyentes», sin tener la más remota intención de significar la idea de substancias que no pudiesen simplificarse más. Sabían también que cada uno de estos órdenes de materia servían de *Uphâdi* ó medio de manifestación á una inmensa clase de esencia monádica en evolución, y así dieron á esta esencia el nombre de «elemental».

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará.)



¿Teosofía ó Jesuitismo?

(CONCLUSIÓN)

En nombre de los Papas, concediéronse los jesuítas á sí mismos privilegios nunca oídos hasta entonces, de los cuales gozaron sin limitación alguna hasta el año 1772. En aquel año, el Papa Clemente XIV publicó una nueva bula *Dominus ac Redemptor* aboliendo la famosa Orden. Pero los Papas demostraron su impotencia ante este nuevo Frankenstein,

el demonio evocado por uno de los «Vicarios de Dios.» La Sociedad continuó existiendo secretamente, no obstante las persecuciones, así de los Papas como de las autoridades civiles de todos los países; y en 1801, bajo el nuevo *alias* de la «Congregación del *Sacré Cœur de Jésus*», había ya penetrado y era tolerada en Rusia y en Sicilia.

En 1814, como se ha dicho antes, una nueva bula de Pío VII resucitó á la Compañía de Jesús, aunque sin otorgarla sus últimos privilegios, ni aun los que disfrutaba el clero secular. La autoridad civil, tanto en Francia como en otros puntos, se vió obligada desde entonces á tolerar á los jesuítas y á contar con ellos. Todo lo más que pudo hacerse, fué negarles privilegios especiales, y sujetar los miembros de la Sociedad á las leyes del país, al igual de los demás eclesiásticos. Pero gradual é imperceptiblemente, lograron los jesuítas la concesión de favores especiales hasta de la autoridad civil. Napoleón III les concedió permiso para establecer colegios, de los cuales sólo en París abrieron siete, para la educación de la juventud, exigiéndoles como obligación única, el que estos colegios estuviesen bajo la autoridad y vigilancia de los obispos locales. Pero apenas habían sido abiertos los establecimientos, quebrantaron los jesuítas la ley. Lo que pasó con el arzobispo Darboy, es bien conocido. Deseando éste visitar el colegio jesuíta de la *Rue de la Poste* (París), se le negó la entrada, cerrándosele las puertas por orden del Superior. Alzóse en queja el obispo al Vaticano, pero la contestación fué aplazada por tan largo tiempo, que los jesuítas permanecieron virtualmente dueños de la situación y *fuera* de toda jurisdicción distinta de la suya propia.

Y ahora veamos lo que Lord R. Montagu dice de sus hechos en la protestante Inglaterra, y júzguese:

«La Sociedad de los jesuítas, con sus adláteres los nihilistas de Rusia, con sus aliados los socialistas de Alemania, los fenianos y nacionalistas de Irlanda, cómplices y esclavos de su poder... ¿qué pensáis de una Sociedad que no ha tenido el menor escrúpulo en producir las más sangrientas guerras entre las naciones, con objeto de avanzar en sus propósitos, y que, sin embargo, es capaz de abstenerse de destruir á un solo hombre, porque conoce sus secretos y no quiere ser su esclavo?... ¿Qué pensáis de una Sociedad que pregona tan diabólico sistema para envanecerse después de él? Decid si no se exige una energía desesperada de nuestra parte... Si hubieseis permanecido detrás del escenario... todavía habrías tenido que desenredar todo cuanto ha hecho nuestro Gobierno, y romper

el tejido de mentiras que ocultan sus actos. Experiencias repetidas os habrán enseñado que no existe un solo hombre público en quien podáis confiar. Porque como Inglaterra se halla en la actualidad entre la muela superior y la inferior, sólo adictos ó esclavos son los que ahora avanzan; y es racional que los jesuítas, que han ido tan lejos, hayan preparado nuevas ruedas de molino para cuando las actuales estén ya gastadas; y aun para el porvenir, otras muelas más jóvenes que ejerzan el poder de la nación.» (*Sucesos Recientes y una Clave para su Solución*, pág. 76.)

En Francia, los asuntos de los hijos de Loyola marcharon en estado floreciente, hasta el día en que el Ministerio de Jules Ferry les obligó á retirarse del campo de batalla. Muchos recuerdan todavía la inutilidad de las medidas adoptadas por la policía, y la habilidad de las escenas dramáticas representadas por los jesuítas. Mas todo ello sirvió únicamente para hacerles populares entre ciertas clases. Se granjearon la aureola del martirio y las simpatías de las mujeres necias y beatas.

Y ahora que el Papa León XIII ha devuelto una vez más á los buenos padres jesuítas todos los derechos y privilegios concedidos á sus predecesores, ¿qué podrá esperar en último resultado el público de Europa y América? A juzgar por la *bula*, la Negra Milicia tiene asegurado el dominio completo, tanto moral como físico, sobre los países en que existen Católicos Romanos. Porque en esta bula confiesa el Papa que de todas cuantas congregaciones religiosas existen hoy día, *la de los jesuítas es la más querida de su corazón.* Fáltanle palabras suficientemente expresivas para demostrar el ardiente amor que siente por ellos. Así están seguros del completo apoyo del Vaticano. Y como son ellos quienes le guían, vemos á Su Santidad coqueteando con todos los grandes potentados europeos, desde Bismarck hasta las testas coronadas del Continente é Islas. Considerada la influencia moral y política de León XIII, siempre en aumento, tal seguridad no es cosa de poca importancia para los jesuítas.

Para más detalles, consúltese á Lord Robert Montagu, y á escritores del Continente tan conocidos como Eduardo Quinet, *l'Ultramontanisme;* Michelet: *le Petre, la Femme et la Famille;* Paul Bert: *Les Semites;* Friedrich Nippold: *Handbuch der Nenerster Kirchengeschichte*, and *Welche Wege führen nach Rome.*

Mientras tanto, recordemos los avisos de un antiguo teósofo, el Dr. Kenneth Mackenzie, el cual, hablando de los jesuítas, dice:

«Sus espías están en todas partes, pertenecen á todas las clases socia-

les, y pueden aparecer ilustrados y sabios ó simples y tontos, según sean sus instrucciones. Existen jesuítas de ambos sexos y de todas edades; y es un hecho bien conocido el de que individuos de la Orden, pertenecientes á familias de alto rango, y acostumbrados á los refinamientos de la vida, sirvan de criados á familias protestantes, y se dediquen á otros oficios de análoga naturaleza, para cooperar á los fines de la Sociedad. Por mucho que procuremos estar en guardia, no estaremos nunca lo bastante; porque fundada la Compañía sobre una ley de inflexible obediencia, puede dirigir su fuerza de modo que ejerza su acción en un punto dado, con precisión fatal é infalible» (1).

Los jesuítas sostienen que «la Compañía de Jesús no ha sido inventada por los hombres, *sino que procede de aquél cuyo nombre lleva*. Porque Jesús mismo trazó la regla de vida que la Sociedad sigue, *primero con su ejemplo* y después con sus palabras» (2).

Oigan, pues, todos los cristianos piadosos, y entérense de esta pretendida «regla de vida» y de estos preceptos de su Dios, tal como los presentan los jesuítas. Pedro Alagona *(St. Thomæ-Aquinatis Summæ Theologiæ Compendium)*, dice: «Por mandato de Dios, es lícito matar á una persona inocente, hurtar... *(Ex mandato Dei licet occidere inocentem, furari, fornicari)*, porque él es Señor de vidas y muertes y de todas las cosas, y *«se le debe el cumplimiento de lo que manda.»* (*Ex prima secumdæ Quæst*, 94.)

«El individuo de una Orden religiosa que por corto tiempo abandone su hábito *con propósito pecaminoso*, está libre de pecado abominable, y no incurre en pena de excomunión.» (Lib. III, secc. 2. Probl. 41, número 212) (3). *(Isis Unveiled*, vol. II.)

Juan Bautista Taberna (*Synopsis Theologiæ Practicæ)* propone la siguiente cuestión: «¿Está un juez obligado á devolver el precio que ha recibido por dar una sentencia?» Contestación: *«Si ha recibido el precio por dar una sentencia injusta, es probable pueda guardarlo... Esta opinión es sostenida y defendida por cincuenta y ocho doctores»* (jesuítas) (4).

Debemos abstenernos por ahora de ir más lejos. Tan repugnantes,

---

(1) *Royal Masonic Cyclopædia*, pág. 369.

(2) Imago: *Primi Sæculi Societatis Jesu*, lib. I, cap. III, pág. 63.

(3) Antonio Escobar: *Universæ Theologiæ Moralis receptiore absque lite sententiæ*, etc. Tomo. I. Lugduni, 1652. (Ed. Bibl. — Acad. Cant.)

(4) *Pars. II*, tra. 2, cap. XXXI.

licenciosos, hipócritas y desmoralizadores son casi todos estos preceptos, que se ha considerado imposible el dar á la prensa muchos de ellos, como no fuera en latín (1).

¡Cuál será el porvenir de la Humanidad, dominada de palabra y de hecho por esta vil Compañía! ¡Qué puede esperarse de unos tiempos en que las gentes, conociendo la existencia de los cargos antes mencionados, y sabiendo que no hay exageración en ellos, *sino que son del dominio de los hechos históricos*, todavía toleran, cuando no reverencian á los jesuítas, uniéndose á ellos, mientras que por otra parte están siempre dispuestas á señalar despreciativamente con el dedo á teosofistas y ocultistas! La Teosofía es perseguida con la calumnia y el ridículo, á instigación de estos mismos jesuítas; y son muchos los que, por temor á la opinión, no se atreven á confesar su creencia en la filosofía de los Arhats. Y, sin embargo, ¡ninguna Sociedad Teosófica ha sido jamás, para la especie humana, una amenaza de decadencia moral, patrocinando el libre ejercicio de los siete pecados capitales, con máscara de santidad y bajo la supuesta dirección de Jesús! Ni son sus reglas *secretas*, sino abiertas á todos, porque vive á la plena luz del día, de la verdad y de la sinceridad. ¿Y cómo proceden los jesuítas en este sentido?

«Los jesuítas que pertenecen á la categoría más elevada» —dice además Lonis Lambert— «tienen plena y absoluta libertad de acción, hasta para el asesinato y el incendio. Por otra parte, los jesuítas reconocidos como reos de la más ligera tentativa de dañar ó comprometer á la Compañía de Jesús, *son castigados sin piedad*. Se les permite escribir los libros más heréticos, con tal que no *expongan* los secretos de la Orden.»

Estos *secretos* son de la más terrible y peligrosa naturaleza. Compárense algunos de los *preceptos y reglas cristianas* para el ingreso en esta Sociedad de *divino origen*, según pretenden, con las leyes que regulaban las admisiones en las sociedades secretas (misterios del templo) de los paganos.

«Un hermano jesuíta *tiene el derecho de matar á cualquiera que muestre ser un peligro para el Jesuitismo*.»

«Los cristianos y católicos» —dice Esteban Fagundez— «pueden acusar á sus padres del delito de herejía, si desean apartarlos de la fe, aun-

(1) Véanse *Principios de los jesuítas desarrollados en una colección de extractos de sus prop ios autores.*» London, 1839.

que sepan que sus padres han de ser condenados á muerte y quemados por ello, como Tolet enseña... Y no sólo pueden privarles de alimento... *sino también matarlos justamente»* (1).

Es bien sabido que el emperador Nerón jamás se atrevió á pretender la iniciación en los Misterios Paganos, á causa del asesinato de Agripina.

Bajo el título Sección XIV, de los *Principios de los jesuítas*, encontramos, acerca del homicidio, la siguiente moral *cristiana*, inculcada por el Padre Enrique Enríquez, en *Summæ Theologiæ Moralis*, tomus I, venetiis 1.600 (Ed. Coll. Sion): «Si un adúltero, aunque sea eclesiástico..., atacado por el marido, mata á su agresor..., *no es considerado irregular: non videtur irregularis.»* (Lib. XIV, de *Irregularitate*, cap. X, pár. 3).

«Si un padre fuera perjudicial al Estado (estando en destierro) y á la Sociedad en general, y no hubiese otros medios de evitar semejante calamidad, entonces yo aprobaría esto: (que un hijo pueda matar á su padre)», dice la lecc. XV, *sobre Parricidio y Homicidio* (2).

«Será lícito á un eclesiástico ó religioso de una Orden cualquiera, *matar á un calumniador* que amenace propalar acusaciones atroces contra él ó su religión» (3); es regla sentada por el jesuíta Francisco Amicus.

Uno de los obstáculos insuperables para la iniciación, tanto entre los egipcios como entre los griegos, era el asesinato en cualquier grado, y aun la simple impureza.

Son éstos «enemigos de la especie humana», que así han sido llamados los que han obtenido una vez más sus antiguos privilegios para trabajar en la obscuridad y para sobrepujar y destruir todo obstáculo que encuentren en su camino, con impunidad absoluta. Pero «un aviso preventivo, equivale á ponerse en guardia». Los que estudian el Ocultismo, deben saber que, al paso que los jesuitas han logrado hacer creer al mundo en general, y á los ingleses en particular, que no existe la MAGIA, estos astutos y solapados conspiradores tienen círculos magnéticos, y forman cadenas magnéticas por medio de la concentración de su voluntad colectiva, cuando tratan de lograr algún objeto especial ó de influir á determinada persona importante. Hacen además uso prolijo de sus riquezas, para llevar á cabo sus proyectos. Su fortuna es enorme. Cuando recientemente fueron expulsados de Francia, se llevaron consigo tanto

(1) *In Præcepta Decalogui.* (Edit. Lib. Sion). Tomo I, lib. IV, cap. II, núm. 78.
(2) Opinión de Juan Dicastille, Lec. XV. *De Institia et Jure*, etc., cem., págs. 319 y 320.
(3) *Cursus Theologici.* Tomus V, Duaci, 1642. Disp. 36, Sect. 5, núm. 118.

dinero, que convirtiendo parte de él en fondos ingleses, pusieron éstos inmediatamente á la par, lo cual el *Daily Telegraph* indicó á su tiempo.

Ellos han logrado su objeto. La Iglesia es de aquí en adelante un mecanismo inerte, y el Papa un pobre y débil instrumento en las manos de esta Orden. ¿Pero hasta cuándo? Puede llegar el día en que sus riquezas les sean arrebatadas, y ellos mismos destruídos sin piedad en medio de la general execración, y con el aplauso de todas las naciones. Existe una Némesis — KARMA — que con frecuencia permite que el Mal y el pecado triunfen durante siglos.

A pesar de todo, serán vanas sus amenazas contra los teosofistas, sus enemigos implacables. Estos últimos constituyen, quizás, *la única colectividad* del mundo entero que no tiene por qué temerles. Podrán los jesuítas intentar y conseguir quizás aplastar á determinadas individualidades aisladamente. Pero sería inútil que intentasen levantar su mano, aun fuerte y poderosa como es, para atacar á la Sociedad. Los teosofistas se hallan bien protegidos; mejor que ellos mismos. Al hombre de la ciencia moderna, á los que nada saben, ni tampoco creen lo que oyen sobre magia BLANCA y NEGRA, parecerá esto cosa sin sentido. Sea así, pero pronto comenzará Europa á experimentar, como ya ha comenzado á sentir, la pesada mano de la última.

Los teosofistas son calumniados y envilecidos por los jesuítas y sus secuaces en todas partes. Son acusados de idolatría y de superstición; y, sin embargo, leemos en los mismos *Principios* de los Padres jesuítas:

«La más verídica opinión es: *que todas las cosas inanimadas é irracionales pueden ser legítimamente adoradas»* — dice el Padre Gabriel Vázquez, ocupándose de la Idolatría. — «Si la doctrina que hemos sentado es debidamente comprendida, no sólo una imagen pintada y toda cosa santa expuesta por autoridad pública puede ser adorada con Dios, como imagen suya, sino que además puede serlo también cualquier otra cosa de este mundo, ya sea inanimada é irracional, ya racional en su naturaleza» (1).

Esto es Catolicismo Romano, idéntico *y de hoy en adelante uno* con el Jesuitismo, como queda demostrado por la Pastoral del cardenal obispo de Cambrai y por el Papa León. El precepto anterior, haga ó no honor á la Iglesia Cristiana, puede al menos ser citado con provecho por un indio,

(1) *De Cultu Adorationis*, Libri Tres, lib. III, Disp. 1, cap. II.

un japonés ó cualquier otro teosofista «pagano» que no haya abandonado todavía las creencias de su niñez.

Pero debemos concluir. Existe una profecía en el Oriente pagano acerca del Occidente cristiano, la cual, traducida en lengua comprensible, dice así: «Cuando los conquistadores de todas las naciones antiguas sean á su vez conquistados *por un ejército de negros dragones, engendrados por sus pecados y nacidos de su degeneración*, sonará la hora de la liberación para las primeras. Fácil es ver quiénes son los «negros dragones». Y éstos verán á su vez su poder contenido por las legiones libertadas, quienes le pondrán fin. Entonces quizás se verifique una nueva invasión de otro Atila del remoto Oriente. Día llegará en que los enjambres de paganos y musulmanes de China y Mongolia, provistos de todas las armas mortíferas inventadas por la civilización, é impuestas á todo el Oriente por el *infernal* espíritu de comercio de Occidente, y organizados á la perfección por cristianos destructores de los hombres, inunden como torrente irresistible á la decaída Europa. Este será resultado de la obra de los jesuítas, los cuales esperamos que sean las primeras víctimas.

H. P. BLAVASTKY.

Lucifer, núm. 10, págs. 261 á 272.

ASTROLOGIA

(CONTINUACIÓN)

EL ZODIACO

La trayectoria del sol proyectada sobre la esfera celeste, es un círculo máximo inclinado sobre el horizonte 23° 27′ próximamente. Este círculo máximo se llama la Eclíptica, y atraviesa doce constelaciones conocidas con los nombres de Aries, Tauro, Géminis, Cancer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis (1). Estas constelaciones ocupan una faja alrededor de la eclíptica, de un ancho aproximado á 18°, á cuya faja los antiguos llamaron Zodiaco. Las opinio-

(1) Véase *Los Doce Signos del Zodiaco*, en SOPHÍA de 1894, pág. 236.

nes que sobre la invención del Zodiaco y su antigüedad han sido expuestas, ocuparían muchos volúmenes y arrojarían poca luz sobre su misteriosa clave é indudable importancia. En la literatura teosófica en español, sólo hay un artículo publicado en los *Estudios Teosóficos* (1) que trata de esto último.

Esta faja se divide desde la más remota antigüedad en doce partes iguales de 30°, cada una de las cuales corresponde á una constelación, de la cual recibe su nombre, siendo representada por un signo. Los planetas recorren esta zona, ocupando sucesivamente, lo mismo que el sol, estas partes. Según el signo en que se encuentra un planeta, difiere su posición respecto á la tierra, y por tanto, á un lugar de la misma. Los rayos que ese planeta emite caen con una inclinación mayor ó menor sobre nuestro globo, y pueden sumarse ú oponerse á las corrientes é influencias de otro planeta. De aquí que es tal la variedad de aspectos é influencias planetarias, dado el número de signos y planetas, que pueden ser variadísimas las características de los seres y demás cosas que se hallan sobre la tierra.

Pero aún son más las influencias originadas en los signos del Zodiaco. Estos signos han sufrido importantes transformaciones en el curso de los tiempos, según nos lo refieren las tradiciones y anales de los pueblos antiguos. Todo ocultista debe estar familiarizado con estos cambios al considerar los signos zodiacales, pues ellos le muestran su antigüedad y la evolución de la Humanidad en los tiempos prehistóricos. Puede concebirse algo de la verdad de esta afirmación, comparando la opinión de los que han escrito sobre el Zodiaco é interpretado sus signos como atributos de las faenas agrícolas en los doce meses del año, con las hipótesis de la evolución de nuestro globo. Las labores del campo no podían ser las mismas que hoy en los tiempos en que por razón de los cambios de inclinación del eje de la tierra, las estaciones diferían por completo de las actuales; y si á esto se agrega las mudanzas de la corteza terrestre, ocasionadas por hundimientos de continentes y por erupciones volcánicas, se verá que en el caso de ser cierto que los signos del Zodiaco representen las labores agrícolas, éstas han debido sufrir alteraciones continuas.

Pero no es esto sólo: existe todavía una relación más íntima, y es la guardada por esos signos con la evolución humana, ya física, ya espiritual,

---

(1) *Dos Claves Perdidas*, *El Bhagavat-Gitâ*, *El Zodiaco* en la primera serie de los *Estudios Teosóficos*, núm. 14.

y con la influencia ejercida sobre nuestro planeta por las jerarquías de los dioses. Así tenemos, que cosas tan manoseadas y desprestigiadas como el falicismo y los cuatro elementos de los antiguos, las veremos en el Zodiaco, si aprendemos á leer en ese inmenso libro desde la más remota antigüedad abierto ante nuestros ojos. Hace muchos siglos, el vulgo de aquellas edades contaba sólo diez signos en el Zodiaco, que eran: Aries, Tauro, Géminis, Cancer, Leo, Virgo, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Pero en los santuarios de los templos se hacían las expeculaciones astronómicas y metafísicas con los doce signos. El signo Virgo era doble, cosa que puede comprobarse por la semejanza entre el símbolo que lo representa y el de Escorpión, pues los dos se consideraban como uno, y el de Libra no existía. Pero sobrevino la separación de sexos, y entonces se contaron los signos de Virgo y Escorpión como separados, y se formó el de Libra á expensas de ambos. Este último, como perfectamente indica su representación, es el punto de unión, donde se establece el equilibrio entre el arco ascendente y el descendente, entre el macrocosmos representado por los cinco primeros signos, y el microcosmos simbolizado por los otros cinco. Ezequiel con sus ruedas se refiere al Zodiaco, y todos los que se han dedicado á esclarecerlo—rosacruces, kabalistas y ocultistas—parecen coincidir en sus explicaciones, para las cuales han hecho multitud de indicaciones, expresando la relación que existe entre los personajes bíblicos y los signos del Zodiaco. Así declaran que Aries es Caín; Virgo, Jehová; Escorpión, Adán-Eva, y Sagitario, Set.

Los patriarcas bíblicos son idénticos á los pradjâpatis indios y á los sephiroths de la *Kábala*. He aquí una de estas correspondencias:

Aries..................	Judah................	Judá.
Tauro................	Issachar..............	Andrés.
Géminis...............	Ephraim..............	Tomás.
Cáncer	Benjamín.............	Matías.
Leo	Zabulón	Felipe.
Virgo	Josef................	Santiago.
Libra.................	Dan..................	Júdas.
Escorpión.............	Asher................	Pedro.
Sagitario.............	Nephtali.............	Santiago.
Capricornio...........	Gad..................	Bartolomé.
Acuario...............	Rubén................	Mateo.
Piscis................	Simeón...............	Simón.

Si á esto se agrega que los animales á que se hace referencia en el primer capítulo del *Génesis* son los signos del Zodiaco, tendremos motivos para empezar á comprender cuál es su verdadero significado, y la importancia de esa zona celeste que contemplamos con tanta indiferencia.

Es tan vulgar la relación de los doce trabajos de Hércules, que considero inútil reproducirla aquí. Sin embargo, su relación con ciertos pasajes de los libros sagrados de todas las religiones, y con los signos del Zodiaco, es también clara y evidente, siendo muchos los escritores que han tratado de este punto, entre otros Dupuis, en su *Origen de todos los Cultos*, que la dedica bastante espacio.

A pesar de esto, por mucho tiempo seguirá siendo el Zodiaco un misterio para la mayor parte de los hombres; pues estando sometida su interpretación á siete claves, como ocurre con casi todos los símbolos esotéricos, han de pasar muchos siglos antes de que el misterio deje de serlo.

El número 360, que es el de grados en que está dividido todo el círculo del Zodiaco, tiene gran significación é importancia. En él está basado el cálculo para convertir los años humanos en años divinos; y su cociente, multiplicado por cada uno de los números dígitos, da lugar á otras expresiones íntimamente relacionadas con misterios religiosos, y con las expeculaciones de algunas ramas del saber humano. Por ejemplo: antes he hecho referencia á los cuatro elementos de los alquimistas, agua, aire, fuego y tierra; cada uno de ellos corresponde á tres signos del Zodiaco, así como á uno de los cuatro puntos cardinales, á uno de los cuatro ángeles — «virtudes angélicas» ó «Espíritus» según San Agustín — que son los cuatro animales que acompañan á los Evangelistas, los «cuatro Mahârâjahs» ó Grandes reyes de los Dhyân Chohâns que dirigen las fuerzas cósmicas. Por esto el cuadrado inscrito en el círculo, es la más potente de todas la figuras mágicas.

Los grupos de tres signos con que corresponden los cuatro elementos, son:

Igneos........	Aries. Leo. Sagitario.	Terrestres ...	Tauro. Virgo. Capricornio.
Aéreos........	Géminis. Libra. Acuario.	Acuosos.......	Cáncer. Escorpión. Piscis.

La relación de los puntos cardinales con las fuerzas, espíritus, ángeles y animales sagrados, es como sigue:

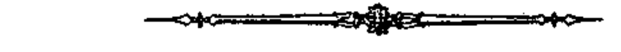
Norte.......	Tchin.......	Kuvera.
Sur.........	Hai.........	Yama.
Este........	Chin........	Indra.
Oeste.......	Ki..........	Varuna.

I.....	El Angel (el Dragón ó el hombre).....	Rafael....	H
N.....	El Águila	Gabriel...	I
R.....	El León............................	Miguel....	V
I.....	El Toro............................	Uriel.....	H

Con lo que queda expuesto, se verá cuán interesantes son las relaciones y divisiones del Zodiaco; y así, para tratar este asunto con más extensión, le dedicaremos otro artículo.

HELIOS.

(Se continuará.)



¿PUEDE EL DOBLE ASESINAR? (1)

Al editor de «The Sun.»

Muy señor mío: Una mañana del año de 1867, la Europa Oriental fué sobrecogida de espanto por una noticia de las más horribles. Miguel Obrenovitch, Príncipe reinante de Servia, su tía la Princesa Catalina ó Katinka y su hija, habían sido asesinados á la luz del día, cerca de Belgrado, en su propio jardín, ignorándose quién hubiese sido el asesino. El Príncipe había recibido varios tiros y puñaladas, y su cuerpo era una verdadera carnicería; la Princesa quedó muerta en el sitio, deshecha su cabeza, y su joven hija, aunque viva aún, estaba en una situación desesperada. Todas estas circunstancias son demasiado recientes para haber sido olvidadas; pero en aquella parte del mundo causaron entonces una excitación rayana en la locura.

(1) El Doble Astral propiamente dicho, no el doble etéreo ó Linga Sharîra. *N. del T.*

En los dominios austriacos y en los que se hallaban bajo el dudoso protectorado de Turquía, desde Bucharest hasta Trieste, ninguna familia elevada se creyó segura. En aquellos países semiorientales, cada Montecchi tiene su Capuletti, y corrió el rumor de que aquel hecho sangriento había sido ejecutado por el Príncipe Kara-Gueorguevitch ó «Tzerno-Gueorgey,» como le llaman comúnmente en aquellos lugares. Varios inocentes, como es costumbre en tales casos, fueron reducidos á prisión, escapándose á la justicia los verdaderos asesinos. Un pariente de la víctima, muy querido de sus gentes y niño aún, fué sacado de un colegio de París y conducido con toda ceremonia á Belgrado: fué proclamado Hospodar en Servia. En el tumulto de la excitación política la tragedia de Belgrado quedó al fin relegada al olvido para todos, excepto para una anciana matrona servia, que había tenido gran afecto á la familia Obrenovitch, y que como Raquel, no quería consolarse de la muerte de los suyos. Después de la proclamación del joven Obrenovitch, sobrino del Príncipe difunto, había vendido sus bienes y desaparecido, pero jurando antes solemnemente, sobre la tumba de las víctimas, vengar su muerte.

La que escribe esta verídica historia había pasado unos cuantos días en Belgrado tres meses antes de que se cometiese el horrible crimen, y conocía á la Princesa Katinka. En su casa era una criatura llena de bondad, dulce y perezosa; en el extranjero parecía una parisién por sus modales y educación. Como casi todos los personajes que figuran en esta narración viven aún, estoy en el deber de ocultar los nombres, dando las iniciales solamente.

La anciana servia salía muy rara vez de su casa, y sólo visitaba á la Princesa de vez en cuando. Recostada sobre un montón de almohadas y tapices y ataviada con el pintoresco vestido nacional, parecía la sibila de Cumas en sus días de tranquilo reposo. Por lo bajo se contaban historias extrañas acerca de sus conocimientos ocultos, y entre los huéspedes reunidos alrededor del hogar de la modesta posada, circulaban relatos que les hacían estremecer. El primo de una tía solterona de nuestro obeso posadero, había sido atormentado hacía algún tiempo por un vampiro vagabundo, y desangrado á punto de morir por el nocturno visitante; y habiendo resultado inútiles los esfuerzos y exorcismos del cura de la parroquia, fué al fin salvado por Gospoja P., que había hecho huir al duende perturbador, con sólo amenazarle con el puño y reprenderle en su propia lengua. En Belgrado fué donde por primera vez tuve noticia de

este hecho en extremo interesante, á saber: que los fantasmas tienen un lenguaje propio suyo. La señora anciana, á quien llamaré Gospoja P., tenía á su servicio otra persona destinada á ser la actora principal en nuestro horroroso relato. Era una gitana de unos catorce años de edad, procedente de Rumania. El lugar de su nacimiento y su familia los ignoraba ella así como los demás. Me contaron que había sido traída un día por una compañía de gitanos vagabundos, que la habían dejado en el patio de la casa de la anciana. Tenía por mote «la muchacha durmiente» pues se decía que estaba dotada de la facultad de dormirse, al parecer, en donde quiera que se hallase, y de hablar dormida en alta voz. El nombre pagano de la muchacha era Frosya.

Unos dieciocho meses después que la noticia del asesinato llegó á Italia, me hallaba yo en este país y viajaba por Banat, en un pequeño carro de mi propiedad, tomando alquilado un caballo donde quiera que lo necesitaba. Encontré en mi camino á un viejo francés, hombre de ciencia, que andaba solo, como yo, pero con la diferencia de que él iba á pie y yo dominaba el camino desde las alturas de un trono de heno seco, cargado sobre un carro en constante traqueteo. Tropecé con él una hermosa mañana mientras dormía en un lugar solitario, poblado de arbustos y flores, y faltó poco para que el carro le pasara por encima, absorta como yo estaba en la contemplación del precioso paisaje que me rodeaba. Pronto entablamos conocimiento, sin necesidad de gran ceremonial de mutua presentación. Yo había oído mencionar su nombre en círculos que se ocupaban en cuestiones de magnetismo, y sabía que era un poderoso adepto de la escuela de Dupotet.

Después de hacerle partícipe de mi asiento de heno, me dijo en el curso de la conversación:—he encontrado uno de los sujetos más maravillosos en esta encantadora Tebaida. Esta noche tengo una cita con su familia. Tratan de descubrir el misterio de un asesinato por medio de la clarividencia de una muchacha. . . ¡es una maravilla!

— ¿Quién es? — pregunté.

— Una gitana de Rumania. Parece que fué criada en medio de la familia del Príncipe reinante de Servia, que ya no reina porque fué asesinado del modo más miste. . . ¡Eh, tened cuidado! *¡Diable*, nos váis á hacer rodar al precipicio! — exclamó precipitadamente, á la vez que me arrebataba sin ceremonia las riendas y daba un violento tirón al caballo.

— ¿No se tratará del Príncipe Obrenovitch? — pregunté espantada.

— Precisamente se trata de él. Tengo que estar allí esta noche, y espero ultimar una serie de *séances*, desarrollando al fin una de las más maravillosas manifestaciones del poder oculto del espíritu humano. Podéis acompañarme. Yo os presentaré, y además podéis ayudarme como intérprete, pues no hablan francés.

Yo estaba segura que si la sonámbula era Frosya, el resto de la familia debía ser Gospoja P., y así acepté en seguida. A la caída de la tarde nos hallábamos al pie de la montaña que conducía al viejo castillo, según lo llamaba el francés. Y bien merecía el nombre poético que le daba. Había un banco rústico en las profundidades de uno de los sombríos retiros, y al detenernos á la entrada de este pintoresco sitio, y mientras el francés cuidaba galantemente de mi caballo, vi sobre un puente de aspecto inseguro, tendido sobre el agua hasta la puerta de entrada, una figura alta que se levantó lentamente del banco y vino hacia nosotros.

Era mi antigua amiga Gospoja P., pálida y más misteriosa que nunca. No demostró sorpresa alguna de verme, sino que saludándome simplemente á la moda servia, con un triple beso en ambas mejillas, me tomó de la mano y me condujo directamente á una choza de hiedra. Medio reclinada en una pequeña alfombra extendida sobre la verdura, con la espalda apoyada en la pared, reconocí á Frosya.

Llevaba el vestido nacional de las mujeres wallachias: una especie de turbante de gasa en la cabeza con medallas doradas y cintas; camisa blanca con mangas abiertas y falda de diversos colores. Su cara mostraba palidez mortal, sus ojos estaban cerrados y su fisonomía tenía ese aspecto de esfinge de piedra que caracteriza de un modo tan peculiar al sonámbulo clarividente. Si no hubiese sido por el movimiento ondulante de su pecho, adornado con hileras de medallas y collares de cuentas, que sonaban débilmente á cada aspiración, se la hubiera tomado por muerta: tan cadavérico estaba su semblante. El francés me informó que la había ordenado dormir cuando nos aproximábamos á la casa, y que ahora se hallaba tal como la había dejado la noche antes; en seguida se acercó al *sujet*, que así llamaba él á Frosya. Sin hacer más caso de nosotros, la sacudió la mano, y haciendo luego unos cuantos pases rápidos, extendió su brazo y lo puso cataléptico. El brazo, rígido como el hierro, permaneció en aquella posición. Cerró entonces los dedos menos uno, el del medio, é hizo que éste señalase á la estrella de la tarde que resplandecía en el inmenso azul del firmamento. Luego se volvió y marchó de derecha á izquierda, arro-

jando flúido en un punto y luego en otro; manejaba sus invisibles pero potentes flúidos, como un pintor su pincel cuando da los últimos toques á un cuadro.

La señora anciana que le había observado en silencio, apoyando su barba en una mano, le cogió de un brazo y le detuvo en el momento en que se preparaba á comenzar los pases magnéticos regulares.

— Esperad — le dijo en voz baja — hasta que la estrella se ponga y den las nueve. Los Vourdalaki vagan alrededor, y pueden inutilizar la influencia.

— ¿Qué es lo que dice? — preguntó el magnetizador, molestado con esta intervención.

Le expliqué que la anciana temía la influencia perniciosa de los Vourdalaki.

—¡Vourdalaki! ¿Qué es eso? ¡Los Vourdalaki!—exclamó el francés.— Contentémonos con los espíritus cristianos si nos honran con su visita esta noche, y no perdamos tiempo por los Vourdalaki.

Miré á Gospoja. Se había vuelto mortalmente pálida, y su entrecejo se hallaba severamente fruncido sobre sus ojos negros chispeantes.

— Decidle que no se chancee á estas horas de la noche — exclamó. — Él no conoce el país. Hasta esta santa iglesia será impotente para protegernos si los Vourdalaki se irritan. ¿Qué es esto? — dijo empujando con el pie un manojo de yerba que el botánico magnetizador había dejado en el suelo.—Inclinóse sobre la colección y examinó ansiosamente el contenido del manojo, después de lo cual lo arrojó al agua.

— No puede dejarse aquí—añadió con firmeza;—estas son plantas de San Juan, y pueden atraer los vagabundos.

Mientras tanto había llegado la noche, y la luna iluminaba el paisaje con luz pálida y fantasmagórica. Las noches en el Banat son casi tan hermosas como en Oriente, y el francés tenía que continuar sus experimentos al aire libre, porque el sacerdote de la iglesia le había prohibido que los hiciese en la torre, por temor de que invadiesen el sagrado recinto los demonios heréticos del magnetizador, los cuales, según observó el sacerdote, no podría exorcisar porque eran extranjeros.

El anciano se había despojado de su blusa de viaje, había arrollado las mangas de su camisa, y luego, tomando una actitud teatral, dió comienzo al proceso regular de magnetización.

Bajo sus dedos estremecidos, el flúido parecía como resplandecer

realmente en el crepúsculo. Frosya estaba colocada de frente á la luna, y todos los movimientos de la muchacha magnetizada se distinguían como á la luz del día. A los pocos minutos, grandes gotas de sudor aparecieron en su frente y resbalaron lentamente sobre sus pálidas mejillas, brillando á los rayos del luminar nocturno. Luego empezó á moverse con inquietud, y á entonar en voz baja una melodía, cuyas palabras recogía ávidamente Gospoja, que inclinada sobre la inconsciente muchacha, trataba de no perder ni una sílaba. Con su dedo delgado sobre los labios, los ojos casi saltando de sus órbitas, el cuerpo sin movimiento, la anciana parecía transformada en la estatua de la atención. El grupo era verdaderamente notable, y sentí no ser pintor. Lo que siguió fué una escena digna de figurar en *Macbeth.* A un lado, la débil muchacha retorciéndose bajo el flúido invisible de aquel que por el momento era su omnipotente dueño; de otro, la anciana matrona, poseída de una fiebre inextinguible de venganza, esperando ansiosa oir al fin el nombre del asesino del Príncipe. El mismo francés parecía transfigurado: con su cabello blanco erizado, y con su forma corpulenta y tosca, parecía haber crecido en pocos minutos. Toda pretensión teatral había entonces desaparecido; no había más que un magnetizador que conocía su responsabilidad, pero que estaba inconsciente de los resultados posibles, estudiando con espectación ansiosa. De repente, Frosya, como impulsada por un poder sobrenatural, se levantó de su postura reclinada, y permaneció erguida ante nosotros, otra vez muda y sin movimiento, esperando que el flúido magnético la dirigiera. El francés tomó silenciosamente la mano de la anciana, y la colocó en la de la sonámbula, ordenándole que se pusiera en relación con la Gospoja.

—¿Qué ves, hija mía?—murmuró suavemente la señora servia.

—¿Puede tu espíritu descubrir los asesinos? ¡Busca y ve!—ordenó imperiosamente el magnetizador fijando su mirada en la cara del sujeto.

—Ya estoy en camino, marcho;—murmuró débilmente Frosya, cuya voz parecía no salir de ella misma, sino de la atmósfera que la rodeaba.

En este momento sucedió una cosa tan extraña, que dudo poder describirla. Vióse algo como un vapor luminoso que envolvía el cuerpo de la muchacha. Al principio aparentaba tener una pulgada de expesor, mas dilatóse gradualmente, y condensándose, pareció desprenderse completa y repentinamente del cuerpo, formando un vapor semisólido que muy pronto asumió el parecido de la misma sonámbula. La forma flotó sobre la superficie de la tierra, vaciló dos ó tres segundos, y después se deslizó

silenciosamente hacia el río, desapareciendo como una niebla disuelta bajo la acción de los rayos de la luna, que parecían haberla absorbido por completo.

Yo había seguido la escena con atención intensa. La operación misteriosa, conocida en Oriente por la evocación del scin-lecca, tenía lugar ante mis propios ojos. Dudar era imposible, y Dupotet tenía razón al decir que el magnetismo es la magia consciente de los antiguos, y el espiritismo el efecto inconsciente de la misma magia sobre ciertos organismos.

Tan pronto como el vaporoso doble había emanado de los poros de la muchacha, Gospoja, con un movimiento rápido de la mano que le había quedado libre, había sacado de debajo de su abrigo de pieles algo que parecía como un pequeño estilete, y lo colocó rápidamente en el seno de la muchacha. La acción fué tan rápida, que el magnetizador, absorto en su obra, nada vió según me dijo después. Transcurrieron algunos minutos en un silencio de muerte. Parecíamos un grupo de seres petrificados. De repente, un grito agudo y penetrante salió de los labios de la muchacha magnetizada; se inclinó hacia adelante, y sacando el estilete de su seno, se puso á hundirlo furiosamente en el aire alrededor suyo, como si persiguiese á enemigos imaginarios.

Su boca echaba espuma pronunciando exclamaciones incoherentes y salvajes; y entre los discordantes sonidos distinguí varias veces dos nombres cristianos de varón, algo comunes. El magnetizador estaba tan aterrorizado, que perdió el dominio de sí mismo, y en lugar de descargar flúido, recargaba de él á la muchacha.

— Tened cuidado — exclamé. — ¡Deteneos! ¡La vais á matar, ó ella os matará!

Pero el francés había despertado sin saberlo, poderes sutiles de la Naturaleza sobre los cuales no tenía dominio alguno. Volviéndose furiosamente la muchacha, le dirigió un golpe que le hubiera muerto, si no lo evitara dando un salto de costado, con lo que sólo recibió un rasguño de consideración en el brazo derecho. El pobre hombre se aterrorizó, y subiéndose con extraordinaria agilidad para una persona de su corpulencia, al muro que al lado estaba, se sentó con las piernas abiertas, y reuniendo los restos de su voluntad, lanzó en dirección de la sonámbula una serie de pases. Al segundo, la muchacha dejó caer el arma y quedó inmóvil.

— ¿Qué estáis haciendo? — gritó con ronca voz el magnetizador en

francés, sentado como una especie de monstruoso duende nocturno sobre la pared. — Responded, ¡os lo mando!

— He hecho... lo que ella... á quien me habéis ordenado obedecer... me ha mandado — contestó la muchacha en francés con estupefacción mía.

— ¿Qué os mandó hacer esa vieja bruja? — preguntó con irreverencia.

— Encontrar á los... que asesinaron... matarlos... así lo he hecho... y han muerto... ¡Vengados!... ¡Están vengados!

Una exclamación de triunfo, un grito estrepitoso de alegría infernal sonó en el aire; los perros de las aldeas vecinas se despertaron y dieron principio á una serie de ladridos que respondía como un eco incesante al grito de la Gospoja.

— ¡Estoy vengada! Me doy cuenta de ello, lo sé. Mi corazón me asgura que aquellos demonios ya no existen — dijo — y cayó al suelo jadeante, arrastrando en su caída á la muchacha, que vino á tierra como si fuera un saco de lana.

— Espero que mi sujeto no haya causado otro daño esta noche. Es un sujeto peligroso y de lo más admirable — dijo el francés.

Nos separamos. Tres días después estaba yo en T., y al esperar sentada en el comedor á que me sirvieran el almuerzo, me puse á leer un periódico. Las primeras líneas conque tropezaron mis ojos, decían así:

DOS MUERTES MISTERIOSAS

Viena 186.

Anoche á las 9'45, cuando el P. iba á retirarse, dos señores de su séquito dieron muestras repentinas de un gran terror, tal como si viesen una aparición espantosa. Gritaban, se tambaleaban y corrían alrededor de la habitación, levantando las manos como para repararse de los golpes de un arma invisible. No prestaban atención á las ansiosas preguntas del Príncipe y de su séquito, y pronto cayeron revolcándose en el suelo, espirando en medio de una gran agonía. Sus cuerpos no mostraban síntoma alguno de apoplegía ni de heridas; pero, con gran asombro de todos, se hallaron en ellos numerosas marcas obscuras y grandes manchas en la piel, como de puñaladas y cuchilladas que no agujereasen la epidermis. La autopsia reveló el hecho de que tras cada una de estas misteriosas señales había un depósito de sangre coagulada. Reina gran excitación; la facultad de medicina se considera incapaz de descifrar el enigma.

HDJI MORA.

(H. P. BLAVATSKY.)

Tomado de *A Modern Panarion.*

EL QUE INVENTÓ EL ALTRUISMO [1]

Los que hayan leído el maravilloso, aunque pequeño libro de Bellamy, ***El año 2000*** (2), y vean desenredados los más complejos asuntos, allanadas las más terribles dificultades, y cerrada por fin la era de la existencia más dolorosa para los pueblos, sin que un poder clerical ó sacerdotal haya venido á ingerirse en el nuevo estado de cosas, aquéllos no pueden menos de pensar que las religiones oficiales, cualesquiera que sean, son en verdad de muy escaso provecho para empujar á la Humanidad por la vía del *altruismo*.

Bellamy nos pinta una sociedad en donde la vida vale siquiera alguna cosa.

Lo que constituye el mérito de su trabajo, y lo que, por otra parte, provocó el extraordinario movimiento de que fué seguido, es que, según la ingeniosa y humanitaria concepción del autor, su organización social descansa sobre un sistema de economía rural, industrial, nacional, privada y política, merced á las que, la felicidad, el bienestar, el *confort* en la vida, en vez de ser la excepción, viene á ser para todos la regla.

Todas las sociedades antiguas habían sido derribadas hasta sus mismos fundamentos, y henos aquí transportados, en ese ***año 2000***, al seno de nuevas sociedades que funcionan con regularidad normalmente para el mayor bien de todos, y que brindan en especial á cada uno la posibilidad de su desarrollo, de evolucionar con arreglo á sus facultades, y eso sin que ninguna idea de reforma, basándose en la autoridad de un dogma, de un clero, de un Dios, de un salvador cualquiera, haya entrado en escena para efectuarlo.

Podemos decir asimismo, que tan radical transformación no fué consecutiva á ningún importantísimo descubrimiento.

Todo ha sufrido mutación, ha sido destruído por completo, y sin

---

(1) **Altruismo:** ***alter***, **otro para otro; vivir para otro. N. D. A.**
(2) **Traducido al castellano, vió la luz en** *La Publicidad*. **N. D. T. E.**

embargo, no ha entrado en el nuevo edificio *producto* alguno *extraño ó desconocido.*

Muy al contrario, el autor ha utilizado las fuerzas y el material de que disponemos en la actualidad.

Trazando su plan sencillamente sobre los sentimientos humanos, y edificando según las reglas de la más vulgar sensatez, nos coloca en presencia de un movimiento sólido, sencillo, grandioso y armónico.

Muéstranos un estado social que tan cumplidamente responde, para su tiempo, á las necesidades morales, intelectuales y físicas de cada uno, que ni tan siquiera el asomo de la más leve duda nos asalta acerca de su posible realización, y más bien se apodera de nosotros un sentimiento de asombro, de estupor respecto de la necedad y ceguera que nos han impedido llevar á la práctica los métodos racionales preconizados para llegar á un estado de cosas, comparado con el cual nuestra presente civilización resulta ser un estado de salvaje y cruel barbarie.

Para la organización de su máquina social, sírvese el novelista, por modo positivo, de las mismas ruedas que tenemos á mano, con la sola diferencia de que, en lugar de contentarse con palabras y teorías, aplica lógicamente á los asuntos de la vida corriente todas cuantas deducciones nos sugiere el buen sentido.

Su sociedad no es más que el resultado de semejante aplicación, de la práctica rigurosa de los más elementales axiomas de filosofía moral que salen á todas horas de nuestros labios.

Para él, cada paso de avance, efectuado con arreglo á la ley de una imperiosa necesidad, es el resultado, la ausencia del que le precedió, y el paso que inmediatamente le seguirá, y que nos lo da como hecho; es sencillamente la consecuencia lógica, inevitable, del movimiento presente.

El avance que mide un siglo no es un salto, es un paso; y muy naturalmente la escala que gravita bajo nuestros pies, nos llevará á una meta en la que gozaremos por fin la dicha de la fraternidad entre todos los hombres.

Allí, el hombre deja de ser el esclavo del hombre; las naciones ya no son colectividades celosas unas de otras y preñadas de odios, sino que todos los hombres y todas las naciones viven en la amistad, en la cooperación del trabjo, en lugar de vivir enemistados ó en competencia feroz.

El movimiento nacional provocado por la lectura del libro de Bellamy, es, además, un movimiento esencialmente teosófico.

En su mayor parte, los miembros más celosos de nuestra sociedad, fueron los primeros en adherirse con entusiasmo á la asociación constituída con el objeto de trabajar porque sea un hecho, lo antes posible, la idea del joven socialista (1); y precisamente lo que más excita su deseo por el advenimiento de tan venturoso día, es, que ningún elemento eclesiástico-sacerdotal, tan sin fundamento denominado religioso, venga á inmiscuirse en modo alguno, y sin posible disfraz, á las fuerzas motrices de los nuevos cuerpos sociales.

Todo marcha y marcha perfectamente sin eso.

A pesar de todo, algunos miembros del clero entraron en ese movimiento, que por otra parte hubieran deseado con todas sus fuerzas desviar en su provecho: es decir, transformar en movimiento religioso.

Así al menos se condujeron tocante á la propaganda para la templanza. Siendo en sus comienzos dicha propaganda esencialmente laica, provocada y seguida por los seglares, lograron al fin apoderarse de ella y que figurase en su *activo*.

Tener vara alta en el nuevo empuje socialista, es aún más tentador. Los clérigos se agarran á un clavo ardiendo; prestos están, hoy en día, á revestir todos los colores, con tal de que puedan retener la vida que á chorros se les escapa, y la autoridad que ya nadie les reconoce.

No hace mucho tiempo que se verificó en *Los Angeles* (California) un gran *meeting* de «nacionalistas»; dicho *meeting* inauguróse con prácticas devotas y cánticos religiosos.

El discurso principal fué leído por un *Clergyman* (2), cuya preocupación mayor fué la de convencer nuevamente á su auditorio que se debía al Cristo el haber introducido por primera vez en el mundo el principio de la fraternidad, y que por lo tanto, los cristianos eran los únicos que debían monopolizar su aplicación.

El *Clergyman* en cuestión, tal como nos le da á conocer su discurso, según *Los Angeles Tribune*, es, con toda certeza, uno de esos cristianos

(1) Los asociados son conocidos con el nombre de «Nacionalistas». La palabra está mal elegida, dice el *Lucifer*, porque puede dar á entender que se trata únicamente de una asociación nacional, siendo así que muchas naciones de Europa han contestado al llamamiento dirigido á todos los hombres.

En Alemania, en Italia, etc., etc., etc., la palabra «Internacionalista» estaría mejor aplicada. N. D. T. F.

(2) *Clergyman:* palabra inglesa, que traducida al castellano, significa clérigo, eclesiástico. N. D. T. E.

de la nueva escuela, de amplio espíritu y alma grande; pero cualesquiera que sean su inteligencia y su corazón, defiende una mala causa, y rebasa la medida; por cuanto el que quiere probar demasiado, nada prueba, y en nuestro siglo de razonamiento parece atrevido querer adjudicar á una personalidad y á sus secuaces, las prerrogativas de un principio que es el patrimonio de todos.

Que Jesús estuvo penetrado de la filosofía teosófica y que se convirtiese, de por vida, en acérrimo defensor de la idea de fraternidad entre todos los hombres, pase; empero lo que nos vemos obligados á replicar á los que llamándose sus ministros, hacen que figure como el iniciador de todo movimiento humanitario, es que, justamente, desde hace diecinueve siglos, en los actos de los hombres que practican la religión cristiana, el impulso *altruísta* ha brillado, sobre todo, por su ausencia.

Ahí tenemos la historia para decirnos que, entre los cuerpos, las asociaciones, las sectas que han invocado una idea religiosa cualquiera, es donde se hallan los más grandes hechos de crueldad y de persecución de hombre á hombre ó de pueblo á pueblo.

Precisa, pues, dar á cada uno lo que le pertenece, lo mismo á la religión cristiana que á los demás.

Mas, por el momento, tan sólo nos detendremos á discutir la pretensión de aquellos que quieren hacer de la idea de fraternidad una idea correlativa de la aparición del fundador del Cristianismo, conservándole al propio tiempo el carácter de Mesías anunciado, venido y reconocido.

Que para estimular á los hombres, se les brinde á seguir un ejemplo como el de Jesús, que supo elevar su carácter de humano á una de las mayores alturas que nos sea dable alcanzar en la tierra, bueno está; pero aun así, esos elevados sentimientos no vemos que sea preciso atribuírselos á él únicamente.

Así como no se discutiría ya con aquel que á pesar de las numerosas pruebas de que disponemos, pretendiese que antes de Jesús nadie había practicado el olvido de sí mismo.

Como igualmente sería absurdo afirmar que somos deudores al profeta de Galilea exclusivamente, de las máximas que impulsan á la unión de todos los hombres.

Los sentimientos de unión son humanos en grado eminente; son inmanentes á nuestra misma naturaleza; forman parte integrante de nuestra organización, pero no se exteriorizan, para convertirse en la práctica de

nuestra vida, sino cuando hemos llegado á un determinado punto de evolución intelectual y espiritual.

Cualquiera que sea el estado de barbarie, de salvajismo de una sociedad, los sentimientos *altruístas* existen en ella siempre en estado latente, empero no comienzan á objetivarse bajo la forma de organismos sociales, á predominar para constituir la ley, sino en determinadas circunstancias y cuando se ha logrado un punto evolutivo, que pueda compararse á la fase de civilización que en el momento presente alcanzamos.

Por lo que afecta á su propagación, su regular implantación en las costumbres, los hábitos, depende en mucha parte de la aptitud que poseer puede cada personalidad de las colectividades humanas para dejarse dominar por ellos; esto es, en cuanto oponga el mínimum de resistencia á esa fuerza de atracción que impulsa á los hombres á unirse y amarse unos á otros.

Si los relatos del nuevo testamento — referentes á la vida de Jesús y á sus enseñanzas — son verdad, no puede negarse que estuvo por entero bajo esta noble influencia; pero de igual modo tampoco puede negarse que la misma causa que obraba en él, pudo, y puede todavía, operar en los demás, con absoluta independencia de él.

No es, por lo tanto, en virtud de que un personaje cualquiera haya predicado la fraternidad, por lo que sentimos nosotros agitarse en el fondo de nuestras entrañas un algo que perturba la tranquilidad de nuestra vida, cuando escuchamos los gritos de angustia que exhalan nuestros semejantes.

No; no es á Jesús á quien debemos el *altruísmo*, puesto que durante largos siglos de dominio, de odios y persecuciones religiosas, hizo el hombre, en nombre Dios, la guerra al hombre.

Y no por eso la historia deja de consignar en todos los tiempos cuántos y cuán admirables fueron los hechos de olvido de sí mismo por el todo.

La historia nos dice también que precisamente entre los cristianos es donde las concepciones tendentes á apresurar la realización de una verdadera fraternidad, fueron más raras y más vivamente combatidas.

Así es que parece muy chocante, en este fin de siglo, donde toda lógica no es, sin embargo, desconocida, que nos veamos obligados á luchar con personas instruídas é ilustradas en contra de esta creencia, de este prejuicio, que coloca al Cristianismo, no como factor importante en

el movimiento de física social, sino como siendo la causa y la *sola* causa de esta idea de unión entre todos los hombres.

No solamente esta manera de ver está en formal contradicción con los hechos, sino que también es imposible conciliarla con aquello que vemos referente á las fuerzas psíco-fisiológicas que actúan en el organismo del hombre y de las sociedades.

Si las facultades anteriormente desarrolladas en Jesús que le hacían sentir con más delicadeza que á los demás, no principiaran en nosotros su evolución, los mejores sermones y los más hermosos ejemplos de moral acerca del asunto, serían como letra muerta para nuestros oídos; si en el curso del tiempo no llegásemos á ser cada día algo más hombres, no sólo seríamos incapaces de comprender la menor enseñanza tocante á la abnegación por el bien general, sino que ni tan siquiera podríamos comprender y apreciar en sentimiento hacia nuestro prójimo.

Que muchas y muy honradas gentes, consagradas al bien público, inclusive los miembros de cualquier clero, quieran atribuir los sentimientos de bondad, de compasión, de piedad hacia sus semejantes que sienten ellos despertarse en su interior, á los escritos, á los ejemplos ó á las palabras de un hombre cualquiera, antiguo ó moderno, aunque sea á Jesús ó á Buddha, libres son para ello; no hemos de reñir por causa de esta manera de ver, porque asimismo no nos busquen querella, á su vez, si hallamos preferible remontarnos á una fuente más alta y más profunda, á la fuente misma en donde esos personajes, propuestos como modelos, tomaron las virtudes humanitarias que hubiera de colocarles tan por encima de los demás hombres.

Que nos dejen, pues, estudiar en paz al hombre, é investigar la causa y explicación de ese sentimiento extraordinario, que consiste en dar á los otros la preferencia sobre sí mismo en la doble y propia naturaleza divina y humana de ese mismo hombre (1).

Que ellos admiren ó adoren á éste ó aquél, poco nos importa, con tal que no quieran obligar á los demás á imitarles; y en tanto no den á su ídolo el monopolio de un sentimiento que no corresponde en propiedad á nadie, como tampoco es de un lugar ó de un tiempo más que de otro, y que ha sido siempre la base de la *Teosofía* en todas las edades; de la *Teo-*

(1) **Para mayor ilustración de este concepto, recomendamos la lectura del folleto de W. Kigsland, titulado *La Base Esotérica del Cristianismo.* N. D. T. E.**

sofía de Jesús de Nazaret, como de todos los *altruístas* de hoy en día, ya sea que se agrupen bajo el estandarte del cristianismo, del budismo del hinduísmo, del mahometanismo, del gnosticismo ó del ateísmo.

J. HUDSON MARKAM.

Trad. del *Theosophist*, por J. Plana.

Abril de 1890.

EL BUDDHISMO

LA VIDA DE BUDDHA

PARA poder juzgar cualquier religión ó filosofía y compararlas con las demás, precisa que se conozcan éstas; y así me he determinado á escribir unas breves nociones sobre los diversos credos conocidos, á fin de que en lo sucesivo puedan comprenderse los estudios más concienzudos y detenidos que sobre esos mismos credos y sistemas religiosos se den al público. Empezaré por el Buddhismo.

Tomando como punto de partida la época en que Buddha propagó sus doctrinas, dirijamos una ojeada retrospectiva para hacernos cargo, aunque de un modo general, de las creencias que dominaban en la India en el período prebúddhico.

Cuando tuvo lugar el nacimiento del hijo de Suddhodana, se profesaba en la India el Brahmanismo, cuyo sacerdocio, dueño absoluto de la multitud, había llegado á estar bastante corrompido. La división en castas se resistía á la razón, y hacía necesaria una reforma que á la par que equilibrara los contrapuestos deseos de las clases, presentara bajo una forma nueva las doctrinas bastardeadas; es decir, que sustituyera el vehículo gastado de la Verdad, por otro vehículo nuevo y adecuado á aquellos días. Estas deficiencias habían crecido con la estricta separación entre brahmanes, chatriyas, vaisias y zudras, que eran las cuatro castas en que estaba dividido el país. El odio entre estas clases y las vejaciones impuestas á las últimas, se originaban de una falsa interpretación de las escrituras sagradas.

Estas divisiones, que en la parte esotérica tenían mucha importancia, en la vulgar servían para crear rivalidades; y habiéndose descuidado la tradición verdadera, la clase sacerdotal se imponía demasiado. Y ciertamente no debía ser satisfactorio el estado moral de estas castas cuando

apareció Buddha; pues es un hecho reconocido en la historia, que siempre que un reformador transcendental, cuyo nombre se perpetúa á través de los siglos aparece en una raza, es porque la raza necesita de él. También es indudable que por entonces el Brahmanismo, cuya base fué tomada de la escuela Vedantina, atravesaba una de esas crisis de decadencia moral, de las cuales la historia nos muestra varios ejemplos.

Aun cuando el Código de Manu dividía en cuatro castas al pueblo indio, resultaba una diferencia más sensible por constituir las cuatro dos grupos; el primero, compuesto de las tres castas superiores, y el segundo, únicamente de los zudras; los individuos de las primeras eran los únicos que podían recibir el cordón sagrado, especie de bautismo, que les concedía el nombre de widja (dos veces nacido ó regenerado), y mediante el cual se hacían dignos y acreedores á distinciones y privilegios. Existe otro bautismo, que tiene lugar antes de cortar el cordón umbilical al recién nacido, el cual tiene gran semejanza con el bautismo cristiano.

La única divinidad importante que se encuentra en las creencias religiosas de que tratamos, es Brahma, el dios único y absoluto, si bien existen otras muchas divinidades cuyo culto se halla muy extendido y tienen muchos templos. Como todos estos dioses son modificaciones ó aspectos de Brahma, también existe entre los brahmanes una trinidad compuesta de un principio creador, otro destructor y otro conservador, representados por los dioses Brahmâ, Vishnu y Jiva, que no son en sí otra cosa más que el principio creador, Brahmâ. Pero un examen de la teología brahmánica me apartaría mucho del objeto de este artículo, que es el Buddhismo.

Ya he observado que aun cuando las bases del sistema religioso estaban sólidamente sentadas, faltaba el espíritu recto que las propagara, interpretándolas de una manera conveniente para la multitud de aquellos días. Pues bien: 623 años antes de Cristo, nació en Kapilavastu, ciudad situada 100 millas al NO. de Benares, un chatriya, hijo del rey Suddhodana, que gobernaba la tribu aria de Çakyas. Su madre, llamada Maya, descendía también de la familia real, pues de otro modo no hubiera podido Suddhodana tomarla por esposa. Este shatriya, cuyo nacimiento fué anunciado de análoga manera que el de Jesús, fué bautizado según el rito brahmánico, y al cuarto día recibió el nombre real de Siddartha y el de Gautama, correspondiente á su familia. También es designado en algunos libros con el de Çakyamuni, nombre que tiene origen en la raza de los Çakyas, á la cual pertenecía y gobernaba su padre, el rey.

Manuel TREVIÑO

(Se continuará).

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid